



FRANCO VACCARINI

El primer mago medieval



azulejos

Ilustración de ANDRÉS ALVEZ

El primer mago medieval

Franco Vaccarini

ILUSTRACIÓN DE TAPA
DE ANDRÉS ALVEZ

 | estrada
Seguimos haciendo historia


azulejos

Coordinadora de literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Jefa de arte: María Natalia Bellini

Diseñadora: Cecilia Cuello

Ilustración de tapa: Andrés Alvez

Franco Vaccarini

El primer mago medieval / Franco Vaccarini. - 1a ed. - Boulogne :
Estrada, 2025.

176 p. ; 20 x 14 cm. - (Azulejos Rojos ; 83)

ISBN 978-950-01-3451-4

1. Literatura. I. Título.
CDD A860



Colección Azulejos - Serie Roja

83

© Editorial Estrada S. A., 2025

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

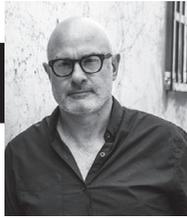
ISBN 978-950-01-3451-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR
Y LA OBRA

BIO- GRAFÍA



FRANCO VACCARINI nació en Lincoln, provincia de Buenos Aires, en 1963. Estudió periodismo, pero eligió dedicarse a escribir ficción. Publicó más de ochenta títulos, entre los que se destacan cincuenta novelas juveniles. Obtuvo diversos premios y reconocimientos. Fue publicado en México, Colombia, Brasil, España y la mayoría

de los países hispanoparlantes, además de ser traducido al euskera, catalán y valenciano. Su primer libro para chicos es *Ganas de tener miedo*. En Estrada y Cántaro publicó novelas como *La isla de las mil vidas*, *Nunca estuve en la guerra*, *Un artista sobrenatural*, *El enigma Brandon*, *Algo más que un tesoro*, *Ningún crimen* y los libros de cuentos *Un misterio pasajero*, *La mecedora del fantasma*, *El muelle de la niebla*. Entre otros títulos, también publicó cuentos ilustrados como *El secreto de la pelota*, *Si se mueve no es una cosa* y *La princesa se enamoró de mí*, además de versiones de clásicos.

Viaja por localidades de todas las provincias argentinas invitado a ferias del libro y establecimientos educativos para encontrarse con sus lectores.



La novela

La novela es un texto literario de género narrativo. Es más extensa que un cuento, lo que determina usualmente su división en partes o capítulos. Como todo texto narrativo tiene un narrador que es la voz que cuenta la historia, personajes que realizan las acciones narradas y un contexto determinado por el tiempo y el espacio en que transcurre la trama.

Existen distintos tipos de narradores. El narrador puede contar la historia en 1era persona, desde un “yo” que es protagonista o personaje secundario. También puede ser un narrador en 3era persona testigo de las acciones narradas o en 3era persona omnisciente. Este último es un narrador que todo lo sabe, conoce los pensamientos de los personajes y hasta puede anticipar los hechos futuros. Suele ser el narrador de los textos de tradición oral y de los cuentos maravillosos.

La novela de aventuras se caracteriza por una estructura peculiar. Presenta un personaje heroico, que encarna valores como la bondad, la solidaridad, el altruismo, al que se le presenta un desafío (o varios) que debe superar con su ingenio, su fuerza o la colaboración de diversos ayudantes. Al protagonista se le enfrenta un antagonista, quien por oposición encarna antivalores como la codicia, la crueldad, el egoísmo. En la mayoría de las novelas de aventuras, el protagonista logra superar los desafíos y el desenlace es feliz.

EL GÉNERO MARAVILLOSO

Dentro de la narrativa, el género maravilloso nos plantea una realidad imposible y personajes sobrenaturales en un contexto en el que todo lo irreal se explica a través de la magia. Los hechos narrados suelen ambientarse en un pasado muy remoto, a veces poco preciso o inexacto. Las historias suelen surgir de la oralidad, es decir, son relatos legendarios que han pasado de generación en generación a través de los siglos.

En este tipo de historias son comunes los dragones, las hadas, los duendes y otros personajes mitológicos.



El ciclo artúrico

“Ciclo artúrico” o “leyenda arturiana” es el nombre que reciben una serie de textos literarios escritos durante la Edad Media que se refieren a los hechos del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. También se los conoce como “Materia de Bretaña”, ya que narran la historia y leyendas de las islas británicas.

Estos textos surgieron a partir del siglo XII, estaban dirigidos a un público cortesano y reelaboraban hechos que se desprendían de fuentes históricas, mitológicas y literarias. Chrétien de Troyes, poeta francés, fue autor de numerosos textos artúricos y añadió elementos esenciales a la leyenda como la figura de Lanzarote del Lago y la búsqueda del Santo Grial.

Los temas del ciclo artúrico inspiraron a muchos autores posteriores, quienes escribieron sus propias versiones de los hechos. Entre ellas se destacan *La muerte de Arturo*, escrita por Sir Thomas Mallory en 1485; *Los idilios del rey*, poemas narrativos de Lord Alfred Tennyson escritos entre 1856 y 1885; y *Camelot* de Terence White, inspirada en la obra de Mallory, escrita en 1958.

La historia del rey Arturo, del mago Merlín y de la idílica sociedad de los Caballeros de la Mesa Redonda sigue inspirando a escritores y cineastas del siglo XXI.

El primer mago medieval

Franco Vaccarini

1 | La última antorcha

Aquella noche supo para siempre que su corazón no era mezquino, que amaba a su esposa más que a su propia vida, que por ella sería capaz de cualquier locura, incluso abandonar a sus compañeros de batalla. Aunque fuera momentánea, la desertión podía costarle caro, pero no le importaba. Tal vez mañana le importaría mucho, pero no esta noche.

Necesitaba saber si ella estaba a salvo y eso era una fuerza más poderosa que las corrientes marinas, más firme que las raíces de los robles.

Galopaba en la niebla y el único sonido era el de los cascos del caballo: las criaturas del bosque dormían, y las que no dormían acechaban sin que se notara, vagando entre la vigilia y el sueño, de un mundo a otro.

Brieg Brelivet, de humilde aunque firme señorío en la aldea de Mold, dueño de una comarca modesta en acres pero rica en trabajo y frutos, apuraba su caballo sin siquiera chasquear el látigo; le bastaba azuzarlo con las rodillas y el animal respondía, corría más, un poco más; abrumado, pero todavía colmado de energía.

Poco después de que el bosque quedara atrás, el jinete se detuvo frente a una casa de piedra, rodeada por un muro de baja altura. El humo de la chimenea se confundía con lo

negro de la noche: humo espeso que se elevaba lentamente. Un relámpago alumbró la escena: el patio de tierra apisonada, los árboles, el viento y las primeras gotas de lluvia.

Brieg se quitó el yelmo, el aire nocturno heló sus mejillas y le resultó agradable. No le gustaba cubrir su cuerpo de hierro aunque era tan molesto como necesario: los caminos estaban saturados de bandidos, y muchos de ellos sabían manejar la espada como pocos; sobre todo aquellos que habían sido soldados del rey ahora caídos en desgracia, expulsados por algún crimen demasiado deplorable para no ser castigado. Por eso mismo no quiso arriesgarse y galopó con su armadura, por si en el camino una flecha artera estuviera destinada a su corazón.

Había decidido aquel viaje de apuro, bajo la influencia de un sueño pesadillesco: estaba en la sala muy bien iluminada de un palacio. No había nadie más, hasta que entró la sombra y comenzó a apagar las antorchas con un soplo frío, helado, que extinguía las llamas de súbito.

—¿Quién eres, maldita sea? —gritó Brieg en el sueño.

Pero la sombra continuó su tarea ignorándolo y a la vez acercándose, hasta que una antorcha, una sola, quedó encendida en la inmensa sala del palacio. La sombra la tomó con sus manos, alumbró con ella parte de su propio rostro y miró a los ojos de Brieg con sus cuencas vacías.

Entonces Brieg lo supo: la muerte lo miraba a la cara. Antes había creído verla en los campos de batalla, escondida

entre los enebros, detrás de las piedras de un acantilado, encima del cuerpo de un pájaro, contando a los caídos, al final de una lucha. Pero nunca se había fijado en él, siempre estaba ocupada con otros, distraída en sus cuentas. Ahora no, ahora estaba en su propio sueño y lo miraba, con la única antorcha encendida en la mano.

Y la sombra habló, pero entonces ya no era la sombra. Una cara reconocible, humana, un hombre de gesto bondadoso, vestido sencillamente, le dijo:

—Es tu última luz. Ve con tu esposa esta noche si quieres dejar tu chispa en el gran fuego de la vida.

—¿Quién eres?

—Soy Blaise. El druida. Ve a tu casa.

Despertó sin miedo, pero impresionado. No dudó del poder premonitorio de aquella visión, porque jamás había soñado algo así, tan concreto, tan claro. Si hasta podía oler en el aire el humo y el cebo ardiendo todavía.

Estaba combatiendo contra los sajones en las costas del Norte, pero sintió un apremio irrefrenable por encontrarse con su esposa esa misma noche.

Miró alrededor. Había una quietud espectral en el campamento. Sus compañeros dormían con ostentación, a juzgar por los poderosos ronquidos que lo circundaban como un anillo de truenos.

—Debo irme. Debo verla esta noche. No estoy a más de dos horas de galope sostenido. Volveré por la mañana, y si

me descubren inventaré alguna excusa, diré algo —se decía, envuelto en pensamientos frenéticos.

Comenzó a caminar entre los cuerpos dormidos, sin tener en cuenta que sus miembros estaban entumecidos por el descanso: calculó mal, le dio un pisotón a uno de los hombres y en dos segundos había una espada muy cerca de su cuello.

—¡Brieg! ¿Qué haces? —le preguntó su amigo Percy, mientras bajaba el arma. Las órbitas blancas de sus ojos refulgían como dos lunas. Brieg le rogó, en susurros:

—Percy, maldición, no grites.

—¿Adónde vas?

—No puedo explicarte ahora, por los dioses...

—Tendrás que contarme, quieras o no.

Percy era su mejor amigo y no le bastaría cualquier excusa, pero no deseaba traerle complicaciones. Algunos cuerpos se removían en la oscuridad, como a punto de despertarse. Si él no regresaba a tiempo, antes del amanecer, ponía a su amigo en la situación de ocultar su fuga o delatarlo. Así que le dijo:

—Tengo un apuro, sabes, una necesidad. Iré atrás de algún árbol.

Percy lo miró, sonrió y volvió a echarse sobre su jergón de hojas; después de todo estaba muerto de fatiga.

El guardia estaba tan quieto y concentrado en algún punto perdido del horizonte, en aquel claro del bosque, que Brieg adivinó que dormía. Por cierto, debería sugerir dos guardias

a la vez a partir de esa noche: podría atacarlos un ejército de osos que aquel hombre no daría la señal de alerta a nadie.

Tomó su caballo, le puso los arreos y partió sin trotar ni galopar, para no delatarse. Un buen guardia podía sentir el temblor que produce en la tierra un caballo a muchos kilómetros de distancia. Un guardia que estuviera despierto, claro está.

Quando se sintió seguro, apuró el caballo. Hacía demasiadas semanas que no veía a su querida Gladis. Lo tranquilizaba saber que no estaba sola, que los sirvientes eran leales y que ella tenía una salud perfecta. Sin embargo, algo malo parecía estar a punto de ocurrir.

Se internó en el bosque, que conocía muy bien, para acortar camino. Y ahora estaba a las puertas de su hogar.

Golpeó con la aldaba los viejos maderos que conformaban el sólido portón. Pronto, oyó que alguien preguntaba “¿quién es?”. Era ella. Gladis.

—¡Soy Brieg, querida! ¡Soy yo!

En segundos, ella descorrió los cerrojos y se fundieron en un abrazo. Él no tardó en explicarle lo que había soñado.

—Tuve la necesidad de verte, querida, pero lamentablemente debo partir de inmediato, antes de que descubran mi ausencia.

—¿Llegas para hablar de partidas? De ningún modo. No se llega así a la casa de tu esposa. Por lo pronto, comerás algo caliente.

Brieg la vio tan suave, tan hermosa. No importaban las penurias del camino, las cicatrices, los golpes, las jornadas a la intemperie, el hambre y el frío ahora que ella estaba a su lado. Soñaba con que algún día vivirían en una región segura y que verían crecer a sus hijos en paz.

Comió con buen apetito. Hablaron de cosas dulces y buenas, hasta que dejaron de hablar. Y se besaron.

El primer mago medieval

Franco Vaccarini



Merlín es, sin dudas, el más famoso mago de la literatura universal. En su figura se conjugan la sabiduría, la sensibilidad y la nobleza. Consejero de reyes y defensor de los valores caballerescos, su historia se remonta a inicios humildes y oscuros, desde donde emerge con luz propia.

EPB5000031

ISBN 978-950-01-3451-4



9 789500 134514 >



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia